

# Crisis en Brasil. El ciclo del Estado, 1988-2017\*

*Crise no Brasil. O ciclo do Estado, 1988-2017*

*Crisis in Brazil. The cycle of the State, 1988-2017*

*Lucio Fernando Oliver Costilla\*\**

## **Resumen**

El artículo analiza la crisis política actual de Brasil en el marco del ciclo del Estado que se abre en 1988 con la aprobación de una nueva Constitución y el retorno a la vida civil democrática. Se pone énfasis en el estudio de la ecuación Estado-sociedad civil y cómo ésta se va modificando a lo largo del tiempo hasta arribar a la situación de aguda crisis política de hoy. Particular atención se otorga a la valoración de lo acontecido bajo los dos gobiernos progresistas de Luiz Inácio Lula da Silva y el primero de Dilma Rousseff y a las contradicciones e insuficiencias de sus exitosas políticas. Se da seguimiento a la protesta multitudinaria de la sociedad civil en junio de 2013, cuando inicia un distanciamiento profundo entre la sociedad y el Estado, mismo que no hizo más que profundizarse con el *impeachment* de 2016 a la presidenta Dilma. El artículo concluye preguntando si hay un agotamiento del ciclo del Estado iniciado en 1988.

*Palabras clave:* crisis hegemónica, sociedad civil, ciclos estatales, Brasil.

## **Resumo**

O artigo analisa a atual crise política do Brasil, com referência ao ciclo do Estado que abre-se em 1988 com a aprovação de uma nova Constituição e o retorno à vida civil democrática. Se coloca ênfase no estudo específico da equação Estado-sociedade civil e como ela vai mudando no longo do tempo até chegar à aguda crise política atual. Põe-se particular atenção à valoração do ocorrido sob os dois governos progressistas de Luiz Inácio Lula da Silva e o primeiro de Dilma Rousseff, aos ganhos, às contradições e às insuficiências de suas políticas. No artigo se realiza a análise da multitudinária protesta da sociedade civil em junho de 2013, quando se inicia um distanciamiento grave entre a sociedade e Estado, mesmo que aprofundou-se com o *impeachment* de 2016 à presidenta Dilma. O artigo termina perguntando-se sob a queda atual das instituições existe já um esgotamento do ciclo do Estado de 1988.

*Palavras chave:* crise hegemônica, sociedade civil, ciclos estaduais, Brasil.

\* El presente artículo es resultado de una investigación realizada en 2014 y 2015 en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad Federal de Rio Grande del Sur, durante una estancia sabática financiada por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM.

\*\* Profesor e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Docente y tutor en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. E-mail: <oliverbar@hotmail.com>.

**Abstract**

The article analyzes the current political crisis in Brazil in the context of the State cycle beginning in 1988 with the approval of a new Constitution and the return to a democratic civil life. Emphasis is placed on the specific study of the State-civil society equation and how this is modified over time until the situation of today's acute political crisis. Particular attention is given to the assessment of what happened under the two progressive governments of Luiz Inácio Lula da Silva and the first one of Dilma Rousseff, and the contradictions and inadequacies of their successful policies. The article follows up the massive protest of civil society in June 2013, when a deep separation between the society and the State took place, and it deepened with the *impeachment* of 2016 to President Dilma. The article concludes by asking if there is an exhaustion of the 1988 State cycle.

*Keywords:* hegemonic crisis, civil society, state cycles, Brazil.

**Las varias crisis del Estado integral brasileño contemporáneo**

La ecuación Estado-sociedad civil<sup>1</sup> está hoy en crisis, no sólo en América Latina sino en prácticamente todo Occidente. Pero en Brasil la crisis hegemónica –es decir, la falta de correspondencia profunda entre el Estado y la sociedad– constituye el trasfondo a su vez de la actual crisis de representación y de la coyuntura política.

A inicios del presente siglo, bajo la orientación de Luiz Inácio Lula da Silva y el Partido de los Trabajadores (PT) –a lo largo de tres gobiernos progresistas,<sup>2</sup> dos del propio Lula y uno de Dilma Rousseff<sup>3</sup>–, las políticas públicas y el proyecto nacional fueron expresión de un Estado aparentemente renovado, que representó a una sociedad civil decepcionada del neoliberalismo y que produjo un relativo encuentro democrático.

<sup>1</sup> La noción refiere a un complejo fenómeno de los Estados capitalistas modernos entendidos en un sentido integral en que sociedad política y sociedad civil se encuentran en interacción e interdependencia, cristalizadas a partir de los proyectos nacionales, los bloques de poder, las instituciones, las normas, las concepciones y los valores predominantes; relación anclada en una determinada constitución de fuerzas histórico-políticas con raíz estructural y que presupone un grado de dirección política e ideológica de los responsables de las instituciones y cierta subalternidad de las clases populares, en un proceso por el cual la sociedad civil tiene una referencia ideológica de libertad que posibilita su propio empoderamiento autónomo futuro. Véase Oliver (2016) y Gramsci (1981, Cuaderno 13, tomo 5).

<sup>2</sup> La caracterización de progresista fue promovida por intelectuales afines a esa corriente y se relaciona con la recuperación parcial de la rectoría del Estado y políticas sociales en beneficio de los segmentos de población en pobreza extrema y excluidos del consumo y la educación.

<sup>3</sup> Dilma fue presidenta en un cuarto periodo de gobierno del PT, de 2015 a mediados de 2016. Además de que fue un gobierno acosado, sus políticas no tuvieron el carácter progresista de los tres gobiernos que le precedieron. Por el contrario, optó por políticas de ajuste en un vano intento por evitar el acoso de la derecha.

Hoy, bajo el gobierno de Michel Temer, ese Estado ha dado un vuelco autoritario y conservador, y la sociedad civil brasileña ha perdido unidad ideológico-política en torno de posiciones y valores democráticos avanzados. Estado y sociedad civil sobreviven dando tumbos bajo el dominio de los políticos más reaccionarios y neoliberales de los últimos treinta años. El Estado tiene a la cabeza a sectores activos de capitalistas transnacionales, clases medias y altas que buscan imponer, con medidas ilegítimas y manipulación legal y mediática, una total financiarización, desnacionalización, sobreexplotación, despolitización, fragmentación y desintegración sociales, muy acordes con el proyecto (trans)nacional reaccionario que ha pasado a ser el único posible a partir de la nueva presidencia.

A casi un año del *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff, y a la luz de lo que muestra la situación de caos político y quiebra ética e ideológica del gobierno que la sustituyó, conviene analizar la situación de profunda anomalía por la que atraviesa ese Estado en crisis que, sin embargo, fue el más sólido de América Latina prácticamente en los últimos treinta años.

Encontramos nulo crecimiento, parcialidad política de las instituciones, desmantelamiento y desconcierto de masas en el Estado integral brasileño. Esta es la sumatoria de una sociedad política con un proyecto de sociedad y nación neoliberales, con un alto grado de descomposición por la abierta corrupción de una oligarquía dominante y una economía al servicio del poder financiero transnacional, paralizada por el nulo crecimiento económico y el incremento del desempleo. A eso se añade un franco deterioro de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial y una sociedad civil fragmentada internamente, manipulada por la sociedad política dominante y dirigida por un sector derechista con un bajo nivel político.

Está en curso una *imposición* autoritaria reaccionaria en Brasil, tanto de la política como de lo político. Los proyectos en disputa están ceñidos por la orientación de los aparatos de poder y de gobierno de un Estado que está imponiendo una gobernabilidad y un *Estado del orden* neoliberal. Ello tiende a limitar el reconocimiento oficial de los proyectos político-culturales sólo a los que tienen sus mismos parámetros. El sistema político está llegando a un momento riesgoso de quiebre: las relaciones de participación y legitimación de las instituciones de representación y organización –poderes constituidos, ejecutivo, judicial, congresos, partidos, grupos de acción política o cultural institucionalizados– están perdiendo significado real para los ciudadanos en general, en especial para los jóvenes. La rica diversidad social y cultural popular brasileña –constituida por negros, indígenas, jóvenes, mujeres, grupos de género, campesinos, obreros, trabajadores informales, etcétera– no se reconoce en las instituciones actuales y sus contingentes en lucha están siendo excluidos y divididos por la manipulación de los medios y del poder.

Los canales dispuestos por el Estado en su relación con la sociedad civil –en especial por el gobierno central y gran parte de los gobiernos estatales, el parlamento, el poder judicial y los medios de comunicación– son casi exclusivamente los de la complicidad “corporativa” y clientelar de los grupos de presión: las megaempresas capitalistas, los grupos financieros, los sindicatos blancos estatizados, los políticos profesionales conservadores, las iglesias protestantes, los directores de comunicación, entre otros, dejando sin vínculo estatal positivo a la mayoría de los ciudadanos y asociaciones progresistas, a los representantes de los grupos populares y de las comunidades urbanas y campesinas, todos los cuales se han vuelto invisibles u “objeto” de las transacciones y de la dinámica circunscrita a élites políticas reaccionarias, electorales o parlamentarias.

Esta situación de separación de las élites respecto de las mayorías no es exclusiva del actual régimen, ya existía en la época de Fernando Henrique Cardoso e incluso en parte, aun cuando fuese menor, existió bajo los gobiernos de Lula y Dilma, aunque hoy se ha agudizado. Esto fue advertido tiempo atrás por Francisco de Oliveira (2007:38): “Las consecuencias para la política no podrían ser más devastadoras. La relación entre clase, intereses y representación se fue al espacio; la posibilidad de formación de consensos se tornó una quimera, pero en un sentido intensamente dramático, eso no es el anuncio del disenso y no genera política. Las relaciones son difusas e indeterminadas”.

Bajo el pacto democrático del Estado de 1988, con algunas excepciones,<sup>4</sup> el encuentro entre Estado y sociedad civil se producía en términos de una opinión pública difusa que se construía bajo la iniciativa y el dominio de la sociedad política, ya que gran parte de la sociedad civil que tenía inclinaciones electorales definidas adolecía de falta de organización y debate autónomos. En Brasil, la mayoría que vota y apoya activamente a las opciones políticas en las elecciones y que, por lo tanto, crea una relación político-electoral con el Estado, no se organiza, participa, discute, se informa o politiza de manera propia ni muestra lo que podríamos considerar un cierto grado de autonomía ideológica y política de poder. La mayoría de los partidos, sometida a las burocracias transnacionales y dirigida por el mercadeo político y la mercadotecnia subordinada a las empresas, se fue transformando desde que Brasil entró en la corriente globalizadora neoliberal en condiciones peculiares que Oliveira denomina la “era de la indeterminación”: “El partido político de la era de la indeterminación no conduce, es conducido por las encuestas de opinión y de intención de voto y por la imagen. Una dispersión de microcentros de organización de lo social simula la sociedad civil [...] esas organizaciones se transformaron en entidades que suplen las insuficiencias del aparato estatal” (Oliveira, 2007:41).

<sup>4</sup> Entre las cuales están el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), el Movimiento de los Sin Vivienda (Sem Teto), los movimientos de barrios de las grandes ciudades, entre otros.

De esta forma, el pueblo brasileño, que recuperó las libertades democráticas hace por lo menos treinta años, es hoy una corriente de votantes asentada en una cada vez más débil sociedad civil: mezcla de sociedad líquida descrita por Bauman (2007), grupos manipulados de clases medias altas y sectas religiosas, conviviendo con lo que queda de los viejos movimientos y organizaciones populares campesinas y urbanas, tradicionales y no tradicionales. Junto a esa “sociedad civil de votantes, reconocida y existente”, hay otra sociedad civil todavía en germen muy extendida en la inmensidad territorial brasileña que está asentada en las luchas grupales por la diversidad y por la crítica –jóvenes, mujeres y hombres feministas, grupos activos de lucha por la identidad étnica o la negritud, estudiantes inconformes, núcleos culturales nacidos en favelas y barrios populares y muchos otros movimientos sociales no tradicionales– que tiene impulsos políticos de organización autónoma y participación, que no encuentra correspondencia con las políticas e instituciones estatales, así como dinámicas que están exigiendo una profunda reconfiguración del Estado, algo que las instituciones oficiales aún están lejos de percibir.

Así, a la evidente crisis de legitimidad de la actual élite política se sobrepone la crisis de la ecuación Estado-sociedad, que se explica por la pérdida de sentido y fuerza de lo “político” en la vida moderna. El problema no está sólo en la “política” y su reducción a partir de la usurpación del gobierno por parte de un bloque de poder conservador, reaccionario y elitista. También lo político está en crisis en términos de vivencia social positiva e inclusión institucional. Los grupos subalternos no perciben un interés en una posibilidad de disputa abierta, libre y legal entre distintos proyectos político-culturales emanados de la sociedad.

La actual situación de la política en Brasil coloca constantemente a los individuos, a las familias populares, a los colectivos de los barrios, a las comunidades, a los grupos de género, étnicos, de ciertas edades y otros, en una posición de resistencia y oposición activa frente a quienes dirigen el Estado, lo que se muestra en expresiones contra la impunidad y decisiones elitistas.

En la historia del Estado brasileño que va de 1988 a 2017, la referencia es temporal: junio de 2013, y espacial: las 5 ciudades más importantes de Brasil. En ese mes de junio, en un hecho en que la sociedad civil se expresó como masa y no como fenómeno político electoral, la multitud manifestó su inconformidad con las políticas y ciertos casos de corrupción y abuso de poder aprobados autárquicamente por parlamentos o gobiernos estatales distantes de la sociedad y que imponían su propia lógica utilitaria en la pre-copa mundial de fútbol. En esa coyuntura (junio de 2013), las contradicciones de la sociedad se canalizaron también en conflictos políticos que adquirieron carácter de extraordinarios en São Paulo, Río de Janeiro, Fortaleza, Porto Alegre, Belo Horizonte, Recife y otras ciudades. Todo ello marcó a la sociedad civil y evidenció lo que se estaba acumulando y preparando en su interior.

Aquí interesa discutir y analizar aspectos que aluden a la subsistencia del ciclo del Estado brasileño de 1988, los proyectos político-culturales, la relación de fuerzas y la crisis de la ecuación social. Podríamos arriesgar la hipótesis de que desde entonces la población joven ha estado focalizada en comprender el trasfondo de los últimos 30 años y la situación concreta actual. Para entender mejor la contraposición en la sociedad civil, tanto la afinidad líquida de derecha como el rizoma de la diversidad crítica, parece útil caracterizar los ciclos de la ecuación Estado-sociedad civil brasileña desde la derrota de la dictadura hasta la recuperación de la democracia.

### **Las distintas fases de la ecuación Estado-sociedad civil**

Bajo la Tercera República (1988)<sup>5</sup> se produjo un ciclo estatal con fases republicanas que revelan diferentes momentos de predominio de fuerzas histórico-políticas, de organización política y social, de concepciones del mundo y de encuentro y desencuentro de la sociedad y el Estado. Ello, sin embargo, no quita que, a lo largo de la historia, incluyendo este ciclo republicano, el Estado Brasileño se configurara “como un Estado fuerte, claramente al servicio de los intereses privados, con un decisivo papel en el desarrollo de la civilización del capital” (Carvalho y Guerra, 2016:159).

La primera fase del nuevo ciclo estatal, la Tercera República, inicia en octubre de 1988 con la aprobación de la nueva Constitución. Se configura una correspondencia adecuada entre Estado y sociedad civil en la lucha democrática general que derrotó a la dictadura. En esa fase subsiste la hegemonía capitalista que da cobertura a la armonía republicana, y el pacto democrático supone la posibilidad de una disputa política abierta de proyectos distintos.

La Tercera República inició reconociendo la legalidad de la convivencia democrática amplia dentro del marco de una nueva Constitución que suscribió la función social tanto del Estado como de la propiedad, cuyo eje político jurídico fue el “Estado democrático de derecho”, es decir, un Estado que se supone capaz de reconocer y garantizar derechos ciudadanos, económicos, sociales y culturales. Asimismo, capaz de concebir instituciones de participación de la sociedad civil y de la ciudadanía en los asuntos del Estado, con lo cual se generan elementos para una relación de correspondencia entre Estado y sociedad civil. El Estado capitalista circunscribía a la sociedad, pero lo hacía con base en el reconocimiento de sus derechos, aun cuando al mismo tiempo se expresaba la subalternidad de ésta a las concepciones económicas, políticas y culturales de las élites. Así, la correspondencia en la ecuación social existía en una “dinámica contradictoria de clases” (Carvalho y Guerra 2016:159).

<sup>5</sup> La Primera República se instituyó en 1891, después de una prolongada monarquía independiente, la Segunda en 1946 y la Tercera en 1988.

La sociedad civil participó en las redefiniciones políticas que se produjeron en esta fase con la aprobación de la nueva Constitución Política (1988) y el juicio político a un presidente corrupto. La presidencia de Fernando Collor de Melo (1989-1992) confirma las tendencias de una herencia autoritaria y oligárquica, la continuidad de los mecanismos tradicionales de manejo de la política y el predominio autoritario de los medios de comunicación, lo que se mantuvo a pesar de la nueva Constitución pero, al mismo tiempo, es el inicio de un viraje profundo de la política económica con orientación al neoliberalismo.

La segunda fase se enmarca en la experiencia del juicio político al presidente Collor de Melo en los últimos días de diciembre de 1992. Este proceso no altera la dinámica institucional, pero en sentido político significa una fisura y un viraje en las relaciones Estado-sociedad civil. En 1993 diversos movimientos sociales ciudadanos y críticos inauguran una fase de cuestionamiento de los efectos sociales del capitalismo brasileño y la desigualdad que genera, mientras que sectores de orientación neoliberal y elitista del Estado pasan a dominar la clase política. A raíz de ese conflicto de concepciones, se despliega el movimiento de lucha popular por el derecho a tener derechos, entre otros los de ciudadanía real y contra el hambre. Se trata de una fisura menor en la relación Estado-sociedad y todavía no de una crisis abierta de la misma.

Esta segunda fase del ciclo estatal abarca casi 10 años, de 1993 hasta finales de 2002, año en que Brasil sufre su primera crisis política de envergadura, cuando partidos, movimientos sociales y sociedad en general, acusan a Fernando Henrique Cardoso de haber ocultado la crisis económica del país para reelegirse. Esta fase abarca las presidencias de Itamar Franco y Fernando Henrique Cardoso. Las herencias autoritarias que sobrevivieron a la transición son aprovechadas por el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) para buscar un avance hegemónico. Este partido empresarial cuenta con la participación activa de las agrupaciones industriales dirigidas por la Federación de Industrias del Estado de São Paulo (FIESP) (Oliver, 2012a). Por otro lado, la sociedad civil entra en un movimiento de resistencia y disputa por la construcción democrática: se fortalecen organizaciones de masas como la Central Única de Trabajadores (CUT), el PT y el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), el movimiento de lucha sanitaria, el movimiento por la ciudadanía y contra el hambre, entre otros.

El entonces presidente Cardoso, en su primer gobierno, introdujo una nueva moneda para Brasil, el Real, y prometió estabilidad monetaria y desarrollo económico social amplio. Es el momento más intenso en la tentativa de impulsar una política de hegemonía neoliberal (1994-1998). Gran parte de la clase política y un sector de la sociedad civil se involucraron en las nuevas nociones de primacía del mercado, privatizaciones, transnacionalización económica y limitación de derechos (Hirsch, 2002). Sin embargo, como resultado de la irradiación ideológica de los movimientos

y organizaciones sociales como el MST, la CUT y el PT, la pedagogía de los oprimidos de Paulo Freire, los teólogos de la liberación y ciertos sectores de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (*Observatório da evangelização*, 2016), se produce una confrontación entre el Estado y un sector amplio de la sociedad civil que afecta la ecuación social, en la medida en que se impone institucionalmente “la iniciativa de la sociedad política, con preeminencia de las fuerzas del mercado, respaldadas en los segmentos más conservadores” (Carvalho y Guerra, 2016:165).

En este periodo, bajo la hegemonía de un partido de centro y un bloque de centro-derecha, se produce la reinserción subordinada y periférica de Brasil a la globalización, con la estructuración de una política económica neoliberal. Desde la resistencia crítica, los grupos populares y progresistas despliegan con fuerza dos importantes movimientos sociales: el Movimiento de Acción por la Ciudadanía, contra el Hambre, la Miseria y por la Vida (1993) y el ya mencionado MST, fundado en 1985. El MST organiza a los campesinos, promueve la toma de tierras improductivas sin esperar una autorización oficial, instala campamentos y organiza asentamientos (Maçano, 2000). El movimiento pone énfasis en la promoción de la autoeducación política de los trabajadores del campo.<sup>6</sup> Junto a los movimientos de resistencia anti-neoliberal, la sociedad civil promueve una democracia participativa a través de la instauración de consejos de presupuesto participativo en diversos municipios como el de Porto Alegre.

En esta fase, las políticas del gobierno de Cardoso se convierten en vehículo *cuasi* exclusivo de los intereses empresariales. La actividad de la sociedad civil resiente la influencia de los proyectos del “tercer sector”, promovidos por las organizaciones empresariales para permear a la sociedad civil de una concepción empresarial (Fontes, 2010). Esas políticas se expresan como un movimiento de modernización desde arriba que, en el lenguaje del gobierno de Cardoso, se denomina la “reforma liberal social del Estado” y la creación de lo “público no estatal” (Bresser-Pereira y Cunill Grau, 1999), encaminados a crear la imagen de un empresariado moderno que atiende su responsabilidad social.

Esta segunda fase del ciclo Estado-sociedad civil culmina con la crisis económico-política de 1999-2002:

El torbellino de la desregulación, privatización y reestructuración con Fernando Henrique Cardoso durante la década de 1990 –y con él la disolución de la clase obrera industrial creada durante la era desarrollista– trastocó todas las relaciones establecidas entre economía y política, clases y representación. El resultado fue un periodo de indeterminación, contexto en el que Lula obtuvo su primera victoria presidencial en 2002 (Oliveira, 2006:5).

<sup>6</sup> Para mayor información sobre el MST visitar su sitio electrónico <[www.mst.org.br](http://www.mst.org.br)>.



Se abre la perspectiva de una disputa hegemónica por parte de una fuerza considerada de centro-izquierda bajo la dirección del PT y la conducción de Lula da Silva, su líder carismático candidato a presidente. En términos de sociedad civil, lo que quedó evidente en la crisis política de 1999-2002 fue que Brasil había entrado en una situación de empate hegemónico que se prolonga hasta hoy. En un contexto de hegemonía neoliberal transnacional de los ideólogos del PSDB se había ido abriendo paso una cultura política de derechos –el derecho a tener derechos como conquista sociopolítica fundamental de esa época (Carvalho y Guerra, 2016:163; Dagnino, Olvera y Panfichi, 2006; Telles, 2007).

La tercera fase del ciclo –que podemos llamar la opción por el progresismo– inicia en 2002 con un empate hegemónico que persiste hasta ahora. Abarca los dos periodos del gobierno de Lula (2003-2006 y 2007-2010) y el primer gobierno de Dilma Rousseff (2011-2013), hasta un año antes de su reelección a finales de 2014. Esta fase se caracteriza por una política de conciliación de clases, pacificación social, proyección internacional autónoma con creación de nuevas instituciones regionales latinoamericanas, políticas de elevación de los ingresos de los trabajadores y de inclusión de los sectores de pobreza extrema. Fue un periodo de administración progresista del Estado (Oliver, 2012b).

Esta tercera fase fue difundida por sus ideólogos como una especie de “revolución desde arriba” pacífica (Boito, 2005; Sader, 2009). La administración del Estado capitalista brasileño se propondría regular los grandes problemas del país. El supuesto que se divulgó fue que ello llevaría espontáneamente a la profundización democrática, a la recuperación de la economía pública y a la superación de la pobreza, es decir, fue un intento por darle peso a la sociedad política de avanzada en el marco de la vieja ecuación Estado-sociedad y con una concepción del Estado como ámbito de administración progresista y no como espacio de disputa de grupos sociales históricos. En múltiples programas de políticas públicas, Brasil logró también cierta participación de la sociedad civil que, sin embargo, no logró expresar y promover una autonomía popular o autonomía integral (Gramsci, 1981, Cuaderno 11, tomo 4; Semeraro, 2007). De esta forma, no se crearon las condiciones para un cambio popular profundo en las relaciones de fuerzas que permitiese superar el empate de éstas (Oliver, 2009b).

El consenso hacia las nuevas políticas públicas fue procesado por medio de conferencias y consejos que supusieron una anuencia de la sociedad civil:

Políticas de desarrollo, generación de empleo e ingreso, inclusión social, salud, educación, medio ambiente, seguridad pública, defensa de la igualdad racial, de los derechos de las mujeres o minorías sexuales, entre otras, fueron discutidas en las 73 conferencias nacionales sobre políticas públicas. Ellas representan 64% del total de esos encuentros (114) realizados en Brasil en los últimos 60 años, y alcanzan un

abanico de temas nunca antes llevados a un amplio debate popular por el poder público. Los asuntos abordados y deliberados van desde saneamiento y vivienda, a políticas de generación de ingreso, reforma agraria, reforma urbana, derechos humanos, política científica y tecnológica, de uso de aguas, estrategias para el desarrollo de arreglos productivos locales (APLs), pasando por temas específicos como salud indígena o defensa de los derechos de las minorías sexuales. El mayor cambio en ese proceso democrático es que estos espacios de participación han generado oportunidades para que actores sociales, grupos, movimientos, asociaciones, ubiquen sus demandas. Son grupos que, frecuentemente, por representar minorías políticas, tienen gran dificultad para llevar sus demandas a los legisladores y formuladores de políticas públicas [...] (Pires, 2011).

En la amplia red de organizaciones y reuniones participativas prevaleció el cesarismo del presidente y el carácter decisorio de la presidenta, no obstante el impulso a la participación popular que propiciaron; además, los planes sociales del Estado fueron puntuales, pero no resolvieron los problemas de la desigualdad y, en general, se limitaron a la transferencia de ingreso a la población pobre. A pesar de su importancia, no se construyó ciudadanía política sino una ciudadanía limitada al logro de demandas precisas y al consumo, en un contexto en que los gobiernos propiciaban la despolitización y la pasividad de la sociedad.

Los gobiernos de Lula lograron un prolongado consenso social pasivo –de los ciudadanos progresistas, los trabajadores sindicalizados, los beneficiarios de los programas de transferencia de ingreso, sectores importantes de las clases medias e incluso de los financieros y empresarios– en torno a la capacidad de gestión. Los éxitos económicos y sociales de sus políticas de corto y mediano plazo –a todas luces insuficientes ante los problemas históricos de Brasil– han sido ampliamente reconocidos, destacando, entre otros: las altas inversiones estatales en infraestructura y energía para estimular el desarrollo económico; el reajuste al salario mínimo por encima de la inflación –salario que en Brasil alcanza ya los 315 dólares mensuales; un programa *cuasi* universal de apoyo a las familias con ingresos de hasta medio salario mínimo por persona o ingreso total de hasta tres salarios mínimos; el programa Bolsa Familia, que benefició a 40 millones de brasileños, una quinta parte de la población total; apoyo a la mediana y pequeña industria y a la agricultura; ampliación del ingreso a las universidades por medio de la introducción de un sistema de cuotas para población de ascendencia negra o indígena; mejoramiento de la infraestructura y nuevas contrataciones por concurso en las universidades públicas; altos subsidios estatales al agronegocio de exportación, y diversidad de opciones de la valorización del gran capital a partir del mantenimiento de altas tasas de interés benéficas para el capital financiero. Todas estas políticas estuvieron acompañadas de una diplomacia activa e innovadora en el ámbito regional latinoamericano y en las relaciones internacionales, destacando su aporte a nuevas instituciones como la creación de la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) y la conformación del grupo de países

denominado BRICS que incluye a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica (Vigevani y Cepaluni, 2007).

Durante esta fase se consolidó un modelo de acumulación capitalista que ha sido caracterizado como de liberalismo social periférico (Gonçalves, 2013). Las políticas económicas del Estado dirigido por el lulismo se orientaron a otorgar un apoyo privilegiado al agronegocio de exportación, a la concentración de capitales en megaempresas transnacionalizadas, a la acumulación privada en salud y educación, y al servicio de pago de la deuda externa y de los intereses favorables al capital financiero.

El proyecto progresista no incluyó políticas para transformar el sistema político o ideológico. Estos siguieron dominados por el monopolio privado de las comunicaciones, el financiamiento del capitalismo mercantil a los candidatos de los partidos, la elitización de los ascensos de los jueces, las prácticas tradicionales de patrimonialismo, corrupción, apropiación privada de los recursos públicos y, en términos ideológicos, prevaleció la perspectiva de la acumulación privada.

De igual manera, se permitió a las direcciones sindicales y a los altos funcionarios del gobierno el acceso privilegiado a la acumulación a través de los fondos de pensión y, en general, no obstante los éxitos económicos y sociales del proyecto progresista, se desalentó la autonomía de la sociedad civil (Boito Jr., 2003; Braga, 2012; Carvalho y Guerra, 2016; Oliveira, Braga y Rizek, 2010; Nogueira, 2013). Desde 2003, el partido de gobierno, el PT, dejó de ser un partido de organización, representación y lucha de los trabajadores para convertirse en un partido de aparato dedicado a la gestión de gobierno (Carvalho y Guerra, 2016; Gonçalves, 2013). El movimiento sindical, que siempre fue la columna vertebral de ese partido, se transformó en una burocracia sindical dirigente del Estado y administradora de los puestos estatales (Oliveira, Braga y Rizek, 2010).

### **La crisis política de junio de 2013**

Un año antes de la Copa Mundial de Fútbol de 2014, millones de jóvenes salieron a las calles de las grandes ciudades brasileñas para protestar contra los presupuestos inflados de las constructoras de nuevos estadios y contra los artífices de las reformas deportivas urbanas, al mismo tiempo reclamaban la pésima calidad de los servicios públicos de transporte, educación, salud e infraestructura urbana y criticaban la continuidad de la corrupción. El movimiento evidenció las tensiones profundas en la relación Estado-sociedad.

Así, la tercera fase del ciclo estatal culminó con la crisis política de junio de 2013 que tuvo como motor a los sectores jóvenes, autónomos, críticos y activos de la sociedad

civil (Cattani, 2014; Nogueira, 2013). La crisis mostró una falta de correspondencia del gobierno Lula y de toda la sociedad política con las demandas de participación democrática de la sociedad. Las instituciones del Estado y otras que las validaban –las grandes corporaciones, los medios de comunicación, los sistemas de elección, etcétera– fueron puestas en entredicho por un movimiento de millones que se propagó en forma rizomática. Quedaron en duda la mediación institucional y la política, que establecen un equilibrio relativo entre dos ámbitos no iguales, Estado y sociedad, y que bajo un gobierno diferente debían presuponer un proceso de empoderamiento creciente de la sociedad civil.

La última y vigente fase –que podríamos denominar *termidor*– del ciclo estatal se caracteriza por un caos político. La crisis política brasileña de hoy día evidencia las dificultades que hubo en las élites progresistas para concebir e introducir cambios en el Estado. Las políticas de los gobiernos progresistas no apuntaron a un horizonte reformador. Por ejemplo, una reforma política de renovación de la relación representación-ciudadanía-luchas populares; una economía social y una industria pesada estatal y social que diese elementos para combatir a fondo la desigualdad; políticas estructurales de salud y educación públicas que permitieran enfrentar la violencia urbana; una reforma intelectual, moral y de valores, y politizar a la sociedad incorporando a los jóvenes a los debates sobre las políticas, etcétera.

Esto nos revela que las políticas y las decisiones de Estado siempre se pensaron bajo las instituciones existentes y heredadas del autoritarismo histórico y con el equilibrio de clases existente, sin renovarlas. Fue una “táctica” cuestionable, si consideramos que en Brasil los órganos de representantes y las leyes políticas fueron hechos y utilizados por las élites históricas como un espacio de poder para controlar y, en casos extremos, bloquear las políticas adversas (Faoro, 2012; Oliver, 2012a). Las cámaras de senadores y diputados tienen un abierto carácter patrimonial y mercantilista –el senado es abiertamente un “*lobby*” de las oligarquías y los grupos empresariales de todo tipo y peso. Sin embargo, a pesar de que recurrentemente aludían al carácter restrictivo y antidemocrático de las instituciones de poder público, Lula y Dilma no promovieron una reforma política sustancial. Incluso el PT fue permisivo y copartícipe de las formas tradicionales de corrupción y arreglos entre camarillas que eran costumbre tradicional en un presidencialismo de coalición: compra de votos para hacer aprobar proyectos; negocios políticos para enriquecer a grupos empresariales; patrimonialismo de senadores y diputados en sus áreas de actuación; enriquecimiento ilegal de directores de organismos e instituciones públicas, etcétera (Singer, 2012).

El PT no buscó formas reales de generar control ciudadano y social sobre las políticas y las decisiones de los parlamentos ni para transformar y renovar el a todas luces descompuesto sistema judicial. Al contrario, los gobiernos de los presidentes Lula y

Dilma cobijaron a las instituciones tradicionales –incluso cuando les dieron mayor autonomía–, sin que se planteara la necesidad de un nuevo Estado para una nueva sociedad. Esa política de aceptación acrítica de las instituciones del poder legislativo se tradujo en una desmovilización y despolitización profunda de la sociedad y en la llamada “hegemonía de la pequeña política” (Coutinho, 2006).

Ya entrado el año 2018, hay indicios no sólo de un declive de la influencia electoral de las políticas progresistas, sino de algo más: una crisis de la concepción de la política que acompaña a los actuales gobiernos progresistas. La revisión de la literatura crítica actual nos advierte que esa crisis de “la concepción y las formas de hacer política” se asienta en varios aspectos.

1. Los gobiernos progresistas aplicaron un programa de conciliación de clases que los inmovilizaba: el proyecto del capitalismo liberal periférico al servicio del capital financiero, las megaempresas, el agronegocio y las élites dominantes, es decir, su programa fue el del bloque históricamente dominante, lo que en términos de Oliveira, Fontes, Luce, Nogueira y Salles es el programa de una “hegemonía al revés”, una hegemonía que hace suyo el programa del bloque capitalista histórico de poder pero enarbolada y dirigida por sectores políticos de los trabajadores.

2. El gobierno propició la cooptación capitalista de las centrales sindicales. Un sector de las clases trabajadoras sindicalizadas pasó a tener intereses en el capitalismo financiero por medio de su acceso a los fondos de pensión y a sus beneficios.

3. Los gobiernos aplicaron la idea tecnocrática de que se puede gobernar sólo con políticas de gestión sin disputar y modificar las instituciones ni promover la participación activa de la sociedad civil, sin su organización autónoma, sin lucha de posiciones y sin debate político abierto.

4. Prevalció la concepción de que no era necesario realizar una política de alianzas con las diversas expresiones del movimiento popular y crítico. Esta idea les impidió a los gobiernos del PT asumir políticamente las reivindicaciones de la juventud y de los movimientos sociales y, por tanto, les dificultó asumirse como una fuerza real dirigente en la sociedad.

5. De manera recurrente se apostó a la desmovilización de la sociedad después de los procesos electorales, produciendo el reduccionismo de la ciudadanía electoral a concepciones ideológicas e intelectuales de una ciudadanía de consumo que se basa en la idea ultracapitalista y neoliberal de que el mercado es la solución a los problemas sociales. Es decir, a pesar de la inconformidad de un sector minoritario del PT, los gobiernos petistas desmovilizaron y generaron pasividad en la sociedad civil popular.

6. Otro aspecto de esa política fue menospreciar el peso de los grandes medios de comunicación conservadores que se erigieron como vehículos e interlocutores privilegiados de la opinión pública en la difusión de ideas y concepciones.

Así las cosas, no es de extrañar el desprestigio de las políticas gubernamentales y de las instituciones en general entre la juventud y los movimientos sociales populares, lo que llevó a la crisis de junio de 2013 y explica también la parálisis de los sectores populares de la sociedad civil ante la usurpación de la derecha y el gran ascenso del PSDB en elecciones recientes.

### **¿Fin del ciclo del Estado de 1988 a 2017?**

Las anteriores problemáticas son quizá propias de una sociedad en tiempos de cambio, pero también ponen sobre la mesa la interrogante de si Brasil puede seguir confiando en sus políticas de cambio en el marco establecido por el ciclo estatal de 1988 a 2015. En el debate hay un denominador común: el reconocimiento de que a lo largo de los últimos treinta años la sociedad civil brasileña incorporó la democracia como lucha popular de masas, como auto reconocimiento y como forma de vida, con lo cual se fue distanciando de una clase política con influencia dominante y dirigente en el Estado a la que no le interesó realmente enfrentar con organización y debate político de masas los problemas estructurales derivados del capitalismo brasileño ni modificar los pilares autoritarios de sus instituciones. Y en ese proceso, sin embargo, sociedad y Estado cambiaron: “Desde una perspectiva rigurosa, en nombre de la ideología de la gobernabilidad, los movimientos sociales son frenados, y se les despoja de su capacidad de colocarse como fuerza operante en la disputa del Estado” (Carvalho y Guerra, 2016:170).

Para caracterizar la situación actual y reflexionar sobre qué tanto estamos ante el fin del ciclo del Estado de 1988, cabe considerar que la hegemonía en el Brasil contemporáneo se presentó desde el principio como una cuestión difícil y extraña para el proceso de cambio. Sus complejidades y complicaciones no han sido analizadas del todo por el pensamiento crítico dentro y fuera de la intelectualidad crítica y los movimientos sociales, no obstante el debate teórico superficial sobre la hegemonía de las décadas ochenta y noventa del siglo pasado. Los estudios críticos sobre los embates hegemónicos en juego son relativamente escasos y en general pesimistas (Fernandes Dias, 2006; Filgueiras y Gonçalves, 2007; Fontes, 2010; Gonçalves, 2013; Oliveira, Braga y Rizek, 2010). Así, una cuestión fundamental fue dejada de lado: la necesidad de la lucha por otra hegemonía que le dé sentido a un proyecto político alternativo y que, especialmente con respecto a la subalternidad de las masas, tenga un carácter emancipador (Gramsci, 1981, Cuaderno 13, tomo 5; Semeraro, 2007).

La cuestión de la hegemonía plantea la necesidad de repensar nuevos elementos en la dirección cultural, intelectual, moral, territorial, económica y política de toda la sociedad. Pero en los movimientos sociales de la diversidad brasileña, ante determinados hechos de la vida, la riqueza y el poder político, se han ido conformando lentamente nuevas formas de la “voluntad colectiva nacional popular individual, grupal y comunitaria”, para el objetivo político de crear nuevas relaciones sociales, instituciones y formas de producción, es decir, para crear otro mundo de la vida social.

No todo está perdido. En los submundos económicos, sociales y culturales de los movimientos de jóvenes, de indígenas, de negros, de feministas, en las favelas, ha ido germinando una política para superar la brutal cotidianidad consumista y despolitizada de ciudadanos pasivos y “mayorías silenciosas y enajenadas”, que son quizá el elemento que legitima la pervivencia de las ya caducas formas de acumulación de capital, de sistemas de poder, de delegación y pseudo-representación (O’Donnell, 1988).

Resulta prematuro saber si en el marco del Estado de 1988 existen los elementos para reconocer la fuerza creativa autónoma existente en las múltiples vertientes sociales, grupales e individuales que conforman una voluntad colectiva abierta, porosa, que pueda, con su actividad múltiple y en un ambiente de lucha multidimensional por la democracia, incidir en reconfigurar lo público y reformar las instituciones del Estado. El núcleo de esa nueva forma de lo político es la apropiación creciente y colectiva de lo público por la sociedad civil organizada en redes y en movimientos. Hay una geografía de la resistencia en ese mosaico geográfico cultural que es Brasil. No existe, empero, un debate nacional profundo sobre la formación catártica de una fuerza nacional de ideas y de política de los movimientos sociales que les permita incidir en las políticas de gobierno y en el debate público.

Está en ciernes todavía una estrategia de guerra de posiciones que ponga en el centro la construcción de la organización social autónoma integral para enfrentar a mediano y largo plazos la crisis orgánica del Estado actual. Dicha estrategia tendría que asimilar la experiencia de los últimos 13 años: asumir al Estado *como problema y no sólo como solución*. La recuperación del Estado y sus funciones regulatorias y de políticas públicas fue tan bien recibida por las grandes mayorías que se dejó de lado que la sociedad civil empoderada tiene que apoyarse en, y al mismo tiempo cuestionar, las instituciones y las mediaciones burocráticas. El Estado en Brasil, lleno de herencias autoritarias y estructuradas como poder de los dueños, está lejos de ser un vehículo de nuevas relaciones políticas y de estructuras institucionales distintas a las establecidas. Esto nos lleva a establecer la importancia de ampliar el análisis a la caracterización de una relación compleja entre acumulación, forma de Estado, formas de la política, confrontación de proyectos y relación política cultural entre fuerzas históricas.

### Bibliohemerografía

- BAUMAN, Zygmunt (2007), *Tiempos líquidos*, Barcelona, Tusquets.
- BOITO JR., Armando (2003), “A hegemonia neoliberal no governo Lula”, en *Crítica Marxista*, Rio de Janeiro, Editora Revan, núm. 17.
- BOITO JR., Armando (2005), “A burguesia no governo Lula”, en *Crítica Marxista*, Rio de Janeiro, Editora Revan, núm. 21.
- BRAGA, Ruy (2012), *A política do precariado: do populismo à hegemonia lulista*, São Paulo, Boitempo.
- BRESSER-PEREIRA, Luiz Carlos y Nuria CUNILL GRAU (1999), *O Público Não-Estatal na Reforma do Estado* (Coletânea), Rio de Janeiro, Editora Fundação Getúlio Vargas.
- CARVALHO, Alba y Eliana GUERRA (2016), “Brasil contemporâneo: a equação Estado/sociedade em distintos momentos históricos da vida brasileira (1980-2015)”, en Lucio Fernando OLIVER COSTILLA (coordinador), *Transformaciones recientes del Estado en América Latina. Críticas y aproximaciones desde la sociología política de Antonio Gramsci*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/La Biblioteca.
- CATTANI, Antonio David (organizador) (2014), *#protestos. Análises das ciências sociais*, Porto Alegre, Tomo Editorial.
- COUTINHO, Carlos Nelson (2006), “A hegemonia da pequena política”, en Evelina DAGNINO, Alberto J. OLVERA y Aldo PANFICHI (organizadores), *La disputa por la construcción democrática en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- DAGNINO, Evelina, Alberto J. OLVERA y Aldo PANFICHI (organizadores) (2006), *La disputa por la construcción democrática en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- OLIVEIRA, Francisco de (2003), “O enigma de Lula: ruptura ou continuidade?”, en *Revista Margem Esquerda*, Brasil, Boitempo, núm. 1.
- OLIVEIRA, Francisco de (2006), “Lula in the labyrinth”, en *New Left Review*, núm. 42, noviembre-diciembre.
- OLIVEIRA, Francisco de (2007), “Política numa era de indeterminação: opacidade e reencantamento”, en Francisco de OLIVEIRA y Cibele Salíba RIZEK (organizadores), *A era da indeterminação*, São Paulo, Boitempo.
- OLIVEIRA, Francisco de, Ruy BRAGA y Cibele Salíba RIZEK (organizadores) (2010), *Hegemonia às avessas: economia, política e cultura na era da servidão financeira*, São Paulo, Boitempo.
- FAORO, Raymundo (2012) [1957], *Os donos do poder: Formação do patronato político brasileiro*, São Paulo, Editora Globo.
- FERNANDES DIAS, Edmundo (2006), *Política brasileira: embate de projetos hegemônicos*, São Paulo, Instituto José Luis e Rosa Sundermann.



- FERREIRA, Carla y André FORTI SCHERER (organizadores) (2005), *O Brasil frente à ditadura do capital financeiro: reflexões e alternativas*, Lajeado, Rio Grande do Sul, Univates.
- FILGUEIRAS, Luiz y Reinaldo GONÇALVES (2007), *A economia política do governo Lula*, Rio de Janeiro, Contraponto.
- FONTES, Virgínia (2010), *O Brasil e o capital-imperialismo: teoria e história*, Rio de Janeiro, Editora UFRJ.
- GONÇALVES, Reinaldo (2013), *Desenvolvimento às avessas. Verdade, má-fé e ilusão no atual modelo brasileiro de desenvolvimento*, Rio de Janeiro, LTC.
- GRAMSCI, Antonio (1981), *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 6 tomos.
- HIRSCH, Joachim (2002), *El Estado nacional de competencia*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- MANÇANO, Bernardo (2000), *A formação do MST no Brasil*, Rio de Janeiro, Vozes.
- MANGABEIRA UNGER, Roberto (2006), *Plan Brasil 2022*, Secretaría de Asuntos Estratégicos.
- MANGABEIRA UNGER, Roberto (2014), “Por qué votar em Dilma”, en *Folha de São Paulo*, 13 de octubre.
- NOGUEIRA, Marco Aurélio (2004), *Um Estado para a sociedade civil: temas éticos e políticos da gestão democrática*, São Paulo, Cortez Editora.
- NOGUEIRA, Marco Aurélio (2013), *As ruas e a democracia. Ensaios sobre o Brasil contemporâneo*, Rio de Janeiro, Contraponto.
- O'DONNELL, Guillermo (1998), “Hiatos, instituições e perspectivas democráticas”, en Fábio WANDERLEY y Guillermo O'DONNELL, *A democracia no Brasil: dilemas e perspectivas*, São Paulo, Vértice.
- OBSERVATÓRIO DA EVANGELIZAÇÃO (2016), “CNBB reflete sobre a conjuntura político-social e eclesial”, en *Observatório da evangelização*. Dirección URL: <<https://observatoriodaevangelizacao.wordpress.com/2016/04/11/cnbb-reflete-sobre-a-conjuntura-politico-social-e-ecclesial>>.
- OLIVER COSTILLA, Lucio Fernando (2009a), *El Estado ampliado en Brasil y México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- OLIVER COSTILLA, Lucio Fernando (2009b), “Conflictos y tensiones en torno del Estado ampliado en América Latina: Brasil y México entre la crisis orgánica del Estado y el problema de la hegemonía”, en Diana GUILLÉN y Margarita FAVELA (coordinadoras), *América Latina. Los derechos y las prácticas ciudadanas a la luz de los movimientos populares*, Buenos Aires, CLACSO.
- OLIVER COSTILLA, Lucio Fernando (2012a), “Sistema político, relaciones elitistas y participación popular en Brasil hoy: una historia de innovaciones progresistas y continuidad conservadora”, en Silvia GÓMEZ TAGLE y Willibald SONNLEITNER (coordinadores), *Mutaciones a la democracia. Tres décadas de cambio político en América Latina: 1980-2010*, México, El Colegio de México.
- OLIVER COSTILLA, Lucio Fernando (2012b), “Brasil: ciudadanía y Estado ampliado bajo el gobierno Lula”, en Cécile LACHENAL y Kristina PIRKER (coordinadoras),

- Movimientos sociales, derechos y nuevas ciudadanía en América Latina*, México, Fundar/Gedisa.
- OLIVER COSTILLA, Lucio Fernando (2016), *La ecuación Estado-sociedad civil en América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/La Biblioteca.
- PAULANI, Leda María (2012), “A dependência redobrada”, en *Le monde diplomatique Brasil*, 3 de agosto.
- PIRES, Roberto Rocha (organizador) (2011), *Efetividade das instituições participativas no Brasil: estratégias de avaliação*, Brasília, Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada, vol. 7.
- SADER, Emir (2009), *A nova topeira. Os caminhos da esquerda latino-americana*, Brasil, Boitempo.
- SALLES, Severo (2013), *La lucha de clases en Brasil (1960-2010)*, Buenos Aires, Continente.
- SEMERARO, Giovanni (2007), “Da libertação à hegemonia: Freire e Gramsci no processo de democratização do Brasil”, en *Revista de Sociologia Política*, Curitiba, Brasil, núm. 29, noviembre.
- SINGER, André (2012), *Os sentidos do lulismo. Reforma gradual e pacto conservador*, São Paulo, Companhia das Letras.
- TELLES, Vera da Silva (2007), “Transitando na linha de sombra, tecendo as tramas da cidade (anotações inconclusas de uma pesquisa)”, en Francisco de OLIVEIRA y Cibele Salíba RIZEK (organizadores), *A era da indeterminação*, São Paulo, Boitempo.
- VIGEVANI, Tulio y Gabriel CEPALUNI (2007), “A política externa de Lula da Silva: a estratégia da autonomia pela diversificação”, en *Contexto Internacional*, Rio de Janeiro, vol. 29, núm. 2, diciembre.
- ZIBECCHI, Raúl (2010), *Brasil potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo*, México, Bajo Tierra.

Recibido: 18 de mayo de 2017  
Aprobado: 26 de febrero de 2018